

UN PAPA DÉBIL Y CONSERVADOR

LA FERROZ LUCHA DESATADA EN EL VATICANO PESÓ MÁS QUE SU SALUD EN LA RENUNCIA

Texto: **Giuliana Sgrena**

Aunque el papa Benedicto XVI dice no haberla visto, “Habemus papam”, la reciente película de Nanni Moretti, ha sido premonitoria. Lo que no imaginaba el director y actor italiano era que la «gran renuncia» del papa Celestino V (1294) se podía repetir. Pero tampoco el anuncio de Joseph Ratzinger fue aquel «rayo en cielo sereno» del que habló el cardenal Angelo Sodano, y no solo porque él era una de las pocas personas que conocía la noticia con antelación, sino porque los muy bien informados dicen que la decisión fue tomada mucho antes, concretamente después del viaje a Cuba y a México (marzo de 2012). Además, si bien solo de modo teórico, Benedicto XVI ya había aludido a la posibilidad de que un pontífice dimitiera; lo hizo con su biógrafo Peter Seewald en el libro-entrevista publicado en 2010 bajo el título “La luz del mundo”. De todas formas, la renuncia –aunque quizás mejor sería hablar de abdicación, puesto que se trata de un poder «monárquico»– es un hecho histórico que va a cambiar la Iglesia.

Las reacciones de los vaticanistas han sido diversas: hubo quien habló de coraje al referirse a Ratzinger y quien acusó al Papa de haberse «bajado de la cruz». Uno de los comentarios más sugerentes fue el del filósofo Gianni Vattimo, quien, citando una de las aserciones de Ratzinger –«no hay incompatibilidad entre fe y razón»–, llega a la siguiente conclusión: puede ser que al final haya ganado la razón. Pero esta posibilidad es improbable, es más factible que lo irracional haya prevalecido realmente sobre lo racional. Aún más «blasfemo», el escritor Roberto Saviano se preguntaba en Facebook: «¿Y si el Papa ha dimitido para ‘participar’ en la campaña electoral italiana y unificar el voto católico?». Aunque el Vaticano ha intentado siempre condicionar la política italiana, y, de hecho, en este último papado la presión ha sido casi cotidiana, la hipótesis de Saviano parece demasiado extravagante.

Lo que es cierto es que, con el paso de los días y según se acerca el fin del pontificado de Benedicto XVI (el 28 de febrero, a las ocho de la tarde, la hora de los telediarios), se van aclarando un poco las razones que han llevado a Ratzinger a la abdicación: no es tanto la edad, su cansancio físico y psicológico, sino las divisiones y las luchas feroces dentro la Iglesia y en particular dentro del Vaticano, cuestiones estas que nada tienen que ver con la fe. En su última homilía, el Papa dimisionario habló de «divisiones» y «rivalidades» que «desfiguran el rostro y el cuerpo de la Iglesia». Y en la ceremonia que abrió el periodo de la Cuaresma, fue todavía más claro: «El núcleo de las tentaciones es la instrumentalización de Dios, utilizarlo para sus propios intereses, para su propia gloria». Son acusaciones muy graves en contra de la «hipocresía religiosa» de la Curia. Pero conviene no olvidar que el mismo Ratzinger ha sido parte de la Curia durante más de treinta años. Estas acusaciones se expresan ahora al final del papado, cuando la responsabilidad de cambiar las cosas, en su caso, quedará en manos de otro pontífice.

La de Ratzinger es la «denuncia» de una crisis profunda que él mismo no pudo o no supo enfrentar, y que aleja los católicos de la Iglesia. El escándalo de la pedofilia antes y luego el Vatileaks, con todos los documentos y la co-



El papa Benedicto XVI participa en un consistorio ordinario en el Vaticano el 11 de febrero, el mismo día que anunció su renuncia.

Fotografía: Servicio de Prensa del Vaticano

EL PAPA RENUNCIA

responsabilidad papal publicados, quizás no haya provocado ningún cambio en el interior de la Curia, pero de cara al exterior la imagen de la Iglesia ha sufrido un grave daño. Un estudio reciente de Eurispes (publicado este pasado 31 de enero) refleja que la popularidad de la Iglesia ha caído al 36% en Italia (un 10,7% menos en un solo año).

Errores propios. A debilitar el papado de Ratzinger han contribuido también sus propios errores: en Regensburg, en 2006, usó una cita de un emperador bizantino en la que despreciaba a Mahoma, lo que ofendió a millones de musulmanes; en Auschwitz atribuyó a una «banda de criminales» el deslizamiento de Alemania hacia la barbarie nazi; en África afirmó que el preservativo empeora la propagación del sida, afirmación que iba no solo en contra de la comunidad científica, sino también en contra de los misioneros que en aquellas tierras distribuyen los preservativos. Hace unas semanas, durante una audiencia, dio la mano a la presidenta del Parlamento de Uganda, Rebecca Kadaga, que pide la condena a muerte para los homosexuales.

El papado de Ratzinger ha sido muy conservador, hasta al punto de que ha favorecido interpretaciones equivocadas del Concilio Vaticano II como si se tratara de una continuidad con la historia de la Iglesia y no, como fue en realidad, un cambio radical en lo que se refiere a la libertad religiosa, el fin del antisemitismo, la reforma litúrgica y también las relaciones con otras religiones, en particular con el islam. Al contrario, Benedicto XVI favoreció las interpretaciones de la Fraternidad de Lefebvre, tradicionalista, que siempre ha ido en contra del Concilio Vaticano II, y llegó a anular la excomunión del obispo «lefebriano» Williamson, fanático negacionista del Holocausto.

Hay otros problemas que Ratzinger ha abordado, pero no solucionado: con su papado, por primera vez, se pronunció en el Vaticano la palabra corrupción. Para contrarrestarla, nombró monseñor a Carlo Maria Viganò, secretario general de Gobernación, ente que se ocupa de todas las compras (comida, gasolina...), de los contratos y de las reestructuraciones en el Vaticano. Viganò es un prelado lombardo conocido por su rigor y transparencia que llegó a sanear el presupuesto del Vaticano con la reducción de los gastos. Pero este rigor no era del agrado del cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado, y Viganò fue despedido y enviado a representar a la diplomacia vaticana en Estados Unidos (noviembre de 2009). En Washington, Viganò se topó con el problema del enorme coste de los juicios en contra de los curas pederastas y con centenares de millones de dólares gastados para convencer a las víctimas de abusos sexuales de que accedieran a no ir a juicio a cambio de una indemnización. Entre los obispos que cubrieron a los curas pedófilos se encuentra el cardenal Roger Mahony, exobispo de Los Ángeles, que negoció un resarcimiento de 660 millones de dólares para cubrir 500 casos de abusos sexuales. ¡Ahora, el cardenal Mahony va a participar en el cónclave del que saldrá elegido el nuevo Papa!

En 2010, Benedicto XVI había condenado con vigor los abusos sexuales cometidos por hombres de la Iglesia y había proclamado el deber de los «curas criminales» de presentarse a juicio. Pero nunca promulgó un decreto para obligar a los obispos a denunciar a los responsables, así que miles de casos denunciados por las víctimas han quedado sin justicia; las denuncias se han quedado escondidas en las diócesis, sin orden de sacarlas a la luz.

Lo mismo pasó con la transparencia en las finanzas vaticanas. No se ha solucionado el problema... pero antes de que Benedicto XVI salga del escenario necesitan arreglar una cuentas. Y es por eso que la salida del Papa es tan lenta; quien marca el tiempo es el «hombre negro» del Vaticano, el cardenal Tarcisio



EL PAPA RENUNCIA

Bertone, que también ha ganado el último partido. Se trata del nombramiento al frente del «banco de Dios», el Instituto para las Obras de Religión (IOR), de Ernst von Freyberg, de 55 años, de la Orden de los Caballeros de Malta. Von Freyberg es también muy activo en organizar peregrinaciones de enfermos a Lourdes, pero sobre todo es presidente de un astillero en Hamburgo, el Bihom-Vhozz Group, productor de barcos de guerra, un hecho que el jefe de la Oficina de Prensa vaticana, el padre Federico Lombardi, ha intentado minimizar ante los periodistas. Claro que también en la dirección del IOR se va a encontrar con un frente de guerra (no declarada, pero guerra al fin). Con el nombramiento del presidente se ha renovado la Comisión de Vigilancia del Instituto, presidida por el cardenal Bertone. Todos sus miembros han sido confirmados excepto Attilio Nicora, presidente del Aif (Autoridad antiblanqueo), que Benedicto XVI había instituido para adecuar las normas del Vaticano a las leyes internacionales. La decisión fue tomada en 2010, después de que la Fiscalía italiana hubiera retenido 23 millones de euros que el IOR había acreditado en un banco italiano (Credito artigiano) violando la ley anti-blanqueo de este país.

La dirección del banco vaticano estaba vacante desde mayo de 2012, tras el despido del presidente Ettore Gotti Tedeschi – que es también el representante en Italia del Banco de Santander –, quien tuvo que dejar el cargo porque quería introducir una norma drástica en contra del blanqueo. La destitución fue inmediata, sin derecho a defensa frente a la Curia. Nuevo revés para el Papa, que lo había nombrado. Resulta que el presidente no «arreglaba» o defendía debidamente los intereses de aquellos que utilizaban el banco para operaciones tales como blanqueo de dinero (también de la mafia) o para contar con cuentas secretas (a nombre de políticos corruptos o de criminales italianos).

La Fiscalía de Roma realizó en 2010 una investigación por violación de la ley italiana anti-blanqueo. También el Banco de Italia (Bankitalia) pide el respeto de las leyes europeas, de ahí que en diciembre pasado hubiera bloqueado todos los pagos electrónicos en la ciudad del Vaticano. Recurrió entonces el IOR a los servicios de un banco suizo, que no tiene las mismas reglas y normas que rigen en la Unión Europea. Las tensiones con Italia siguen, aunque el comité europeo de control del blanqueo y del terrorismo (Moneyval) ha reconocido «con reservas» las actividades del Vaticano. Gotti Tedeschi, más cerca del Papa que de su secretario de Estado Bertone, colaboró con las autoridades italianas y por eso tuvo que dejar la presidencia. Ahora, nueve meses después, llega un nuevo presidente, que el cardenal Bertone, presidente de la Comisión cardinalicia de vigilancia del IOR (que es a quien corresponde nombrar al presidente del banco vaticano), prefería que no fuese italiano; será alemán.

Pero no es este el único nombramiento que el cardenal Bertone quería imponer sin esperar al nuevo Papa (para no correr riesgos). Quiere aprovechar la circunstancia de un Papa dimisionario para «colocar» un nuevo presidente en otra de las instituciones más importantes. Sin dinero, la Iglesia no tiene poder y Bertone quiere comprar el Instituto Dermopático Italiano (IDI), una estructura de excelencia en crisis desde hace meses por la gestión criminal de un religioso, el padre Franco Decaminada, acusado por las autoridades italianas de bancarrota fraudulenta. Los monjes que desde hace un siglo tienen la gestión del hospital son «externos» al Vaticano y Bertone quiere comprarlo para construir un gran centro médico del Vaticano en Roma, donde ya tiene el Bambin Gesù, un hospital pediátrico. El Estado italiano no cobra impuestos sobre las actividades y propiedades del Vaticano en Italia.

Pero no todos los proyectos del cardenal Bertone transcurren sin obstáculos. Horas después del nombramiento del nuevo director del IOR, tuvo lugar una destitución inesperada, la del primer responsable del despido de Gotti Tedeschi.

Un grupo de turistas fotografiado en el interior de la Basílica de San Pedro el 13 de febrero.

Fotografía:
Tiziana Fabi

Varias personas atraviesan a la carrera la Plaza de San Pedro bajo una fuerte lluvia, pocas horas después del anuncio oficial de la renuncia del Papa.

Fotografía:
Andreas Solaro



EL PAPA RENUNCIA

Marco Simeon, joven, poco conocido, es, era, el responsable de RAI (radio televisión pública italiana) Vaticano, pero sobre todo es el pupilo del cardenal Bertone. Simeon era el enlace entre l'Italia de Berlusconi y la Santa Sede, la expresión de aquella política del Vaticano que no tiene nada que ver con la fe sino con la política más corrupta. Bertone intentó buscar un cargo para su protegido Simeon en el Gobierno de Monti, pero falló. Y ahora se descubre que el dirigente de la RAI está implicado en una investigación de la magistratura italiana sobre protección civil y grandes obras.

Un pontífice sin fuerzas. El Papa que abdicó es un pontífice débil. No puede considerarse fuerte si no es capaz de enfrentarse a los desafíos de una Iglesia moderna –la necesidad de llegar a una gestión colegial de la Iglesia con la participación de los obispos, la cuestión del papel de la mujer...– y no lo ha hecho porque es un conservador. Es débil porque se ha rodeado de sus rivales en el interior de la Curia, hombres que han vigilado sus pasos (espiado) y lo han mantenido bajo chantaje, empezando por su enemigo más peligroso, el secretario de Estado, el cardenal Tarcisio Bertone, a quien nunca ha podido desafiar (desautorizar). ¿Qué podía hacer Ratzinger la víspera de su 86 cumpleaños? Él, que había comenzado a dirigir la Iglesia cuando su predecesor, Juan Pablo II, muy enfermo, ya no podía hacerlo aunque siguiera «bajo la cruz» (en el cargo). De aquel tiempo quedó la penosa imagen de la agonía de Juan Pablo II. Joseph Ratzinger se daba perfecta cuenta de que no tenía la fuerza necesaria para vencer a sus adversarios y tenía claro que no iba a repetir la experiencia del Papa polaco, así que no le quedaba más opción que la abdicación. Por lo menos, podrá intentar jugar un papel en las decisiones para la elección del nuevo Papa e intentar frenar a los que han boicoteado su papado. ¿Se parecería esto a una venganza? La venganza no es un sentimiento que se imponga en los hombres de fe, pero en el interior del Vaticano no se actúa siguiendo las leyes de Dios. Antes de irse, el Papa no ha olvidado el perdón, ya adelantado, al «cuervo» que provocó el Vatileaks. El «cuervo» condenado a 18 meses era su mayordomo, Paolo Gabriele. Ratzinger se reunió con él antes de anunciar el perdón. ¿Qué palabras se pronunciaron en esa hora larga de reunión?

Todos se preparan para la salida de Ratzinger, incluso él. Como cualquier «monarca», piensa en la sucesión. El Cónclave, en principio, comenzará el 20 de marzo, para tener nuevo Papa antes de Pascua, y todos los que tienen poder están situando ya a sus peones. Para nombrar al sucesor, con la «reforma Ratzinger», hacen falta dos tercios de votos. El Papa nombró en noviembre seis nuevos cardenales (ninguno europeo: el norteamericano James Michael Harvey, el patriarca del Líbano Bechera Rai, el indio Baselios Cleemis Thottunkal, el nigeriano John Olorunfemi Onaiyekan, el colombiano Ruben Salazar y el filipino Luis Antonio G. Tagle) para limitar el poder de los de siempre. Con los nuevos cardenales, ascienden a 211 los miembros del colegio cardenalicio, aunque solo 120, los que tienen menos de 80 años, podrán participar en el Cónclave, como estableció Pablo VI. Ratzinger había nombrado cardenal también a su secretario particular, Georg Gänswein, su hombre de confianza, que le seguirá asistiendo en su retiro del Vaticano tras el 28 de febrero. Nunca un Papa había tenido de secretario a un cardenal, es una de sus pocas innovaciones.

El Papa no participará en el Cónclave, pero eso no quiere decir que no tenga un «candidato»; el más acreditado es Angelo Scola, nombrado recientemente arzobispo de Milán. La diócesis de Milán, junto con el patriarcado de Venecia, es un buen viático para llegar al trono de Pedro. Scola tiene también el apoyo de Comunione e liberazione, un movimiento religioso que sabe mezclar religión y negocio, no en vano lo llaman «lobby de Dios». Antes de Pascua sabremos si de verdad lo es. •

